

CIEN AÑOS

Estimados señores:

¿He leído bien? ¿Cien años?

Les agradezco profundamente que hayan pensado en mí para esta historia de amor, pero es que no me puedo creer que para que a una la bese un hombre apuesto tenga que estar durmiendo cien años. Ya hay que tener ganas de beso.

En un contexto de fantasía puede pasar, pero cuando las cosas trascienden y se pierde el cuento para pasar a ser una realidad es inadmisibile.

¿Me pueden explicar por qué el Príncipe puede estar viviendo tan feliz esos cien años mientras la joven de turno tiene que estar perdiendo su vida, enredada en un sueño, tan solo para que venga su apuesto amor y colorín colorado?

Eso del enamorado es otra cosa poco comprensible cuando el joven no me conoce, ni yo a él, y entonces lo del amor ya me contarán cómo sucede.

Lo que tendrá que aguantar la mujer en nombre del amor, comenzando por estas sensiblerías que no nos conducen nada más que a ver mancillado el ser mujer por mucho que se trate de un cuento para niños.

Para niños, eso quizá sea peor, porque mostrar la situación a los niños es como decirles que ese es el futuro de la mujer: Ser boba, insustancial, insignificante y un largo etcétera para esperar el beso de su enamorado.

Llevan ustedes razón de que es lo que se vende, lo que los niños esperan leer y lo que los padres compran para que lean los niños sin fijarse en el contenido principal, pero alguien tiene que

comenzar las protestas y voy a ser yo.

Volvemos a lo de siempre. La princesa que no tiene que hacer otra cosa en esta vida que ser guapa y tonta de capirote, claro, que se pincha en un dedo y se pasa durmiendo cien años, pero yo, desde luego, no pienso firmar nada de eso.

Ustedes se imaginan despertar dentro de cien años vestida de esa guisa para recomenzar la vida. Empezar de nuevo sin saber dónde estarán mis amigos, la familia, mis ilusiones... y todo en espera del amado.

¿No podrían ustedes cambiar alguna cosa que me haga reconsiderarme mi intervención en el cuento?

Yo podría ser una maestra que se mancha las manos de blanco con la tiza. o una enfermera que va de una cama a otra cuidando a los enfermos y acaba el día agotada, una comercial que lucha por conseguir realizar las pólizas de seguros o, tal vez, una camionera que viaja por toda Europa llevando de un lado a otro las más diversas cargas en un cinco ejes... Pero no, tengo que ser una princesa de cuento.

Así nos luce el pelo a las mujeres.

Bien pensado, el problema podría radicar en que estos cuentos, que ya son tradición, los escriben siempre hombres y las mujeres ni pinchan ni cortan para elegir las vidas de tanta princesa que siempre vive de la sopa boba y las niñas, por mucho que diga Sabina, siguen queriendo ser princesas.

No sé qué hubiera ocurrido de darle el rol de la princesa al príncipe guapo que a caballo va al rescate de su amada.

Él allí tumbado, en su cama con dosel, vestido con sus mallas y como si hubiera salido de la peluquería en espera de que llegue yo a darle un beso.

Después de imaginarme el planteamiento es que no sé ni qué decirles de tan inverosímil que me parece todo.

Me he dado cuenta de que hay algo que falla en todo este asunto de los cuentos, bien

llamados de princesas, porque cualquier mujer quiere ser una princesa pero no necesariamente con diadema y tontita. Como no sabe hacer otra cosa, como mucho sabrá coser; tiene que pasear todo el día por jardines idílicos y esperar que por cualquier tontuna venga el príncipe azul, o de cualquier otro color, para que con el dichoso beso le solucione la vida.

¿Quién va a tomar en serio a las mujeres desde ese punto de vista?

Una mujer quiere ser princesa, pero princesa porque ha conseguido acabar una carrera y se va a incorporar al mercado laboral en igualdad de condiciones. Una mujer es una princesa que tiene hijos y comparte su cuidado con alguien a quien quiere o los tiene ella sola y se ocupa de su educación. Una mujer es la princesa que sueña con realizarse en la vida sin ser la tonta del bote para la que lo fundamenta radica en cuidarse las uñas, ir a la esteticista y leer revistas de prensa rosa.

Si fuera yo sola, quizá todo este asunto no iría más allá, pero, a poco que miremos a nuestro alrededor, nos encontramos con más de lo mismo porque a Blancanieves, Cenicienta, Jazmín y tantas otras les ocurre la misma historia.

Si quieren que tome parte en el cuento, deberían considerar que, desde luego, cien años no voy a estar durmiendo. Es más, no voy a estar ninguno y mucho menos para que venga el Príncipe a besarme y yo vaya a su grupa.

Mi padre dice que una mujer debe ser la reina de su casa pero es que, como les dije, yo quiero ser una más en un mundo donde conseguir un trabajo y nada más, sin que mis tres hadas tengan que darme unos dones mágicos porque eso es tráfico de influencias.

Mientras se piensan si aceptan mis condiciones, mañana iré al organismo oficial correspondiente para que me digan qué estudios puedo cursar e incluso intentaré encontrar algún trabajo que pueda compaginar para ganar algún dinero.

Los sueños solo son sueños, pero todos queremos que se hagan realidad porque son nuestros anhelos. Las historias que se han contado se han quedado en las páginas de los libros para siempre, pero yo creo que la visión de la mujer por parte de los niños debe distanciarse de esas narraciones por mucho que nos guste subir en una alfombra voladora y ver el mundo desde esa altura, desde

donde todo es precioso sin mancharnos los zapatos de polvo.

Mañana tiraré a la basura todas esas cosas que siento que me impiden seguir adelante como mujer.

Y lo de los cien años ni lo sueñen. Yo no estoy dispuesta a perder todos esos años de mi vida tan solo por ser mujer.